

VI

De lo útiles que son los sellos

Acababa Gastón de cenar; porque á su edad, aun en los amantes y desesperados, la naturaleza conserva siempre sus derechos. Á los veinticinco años sólo los que tienen mal estómago dejan de cenar.

Estaba apoyado sobre la mesa y meditaba. La luz de la lámpara daba de lleno en su rostro y satisfacia completamente la curiosidad de Dubois.

Éste le miraba con una atención singular y terrible. Su ojo inteligente se había dilatado, sus labios irónicos se fruncian bajo una fatal sonrisa; y el que hubiese sorprendido esta sonrisa y aquella mirada, hubiera creído ciertamente que era el espíritu maligno, mirando al través de las tinieblas á una de sus víctimas marchar por el camino de la perdición.

Y sin cesar de mirar, murmuraba según su costumbre:

— Joven, hermoso, ojos negros, labio orgulloso; este es un nuevo Bruto; se conoce que todavía no

está corrompido con las dulces miradas de las damas de la corte. Así obra él; los otros no hablan más que de apoderarse, destronar, ¡necedades! mientras que éste... ¡Canario!

— Y sin embargo, continuó Dubois después de una breve pausa, en vano busco algún rasgo de astucia en esa frente pura, algún indicio de maquiavelismo en los extremos de esa boca que más bien revelan lealtad y confianza. Pero, no cabe duda; todo está dispuesto para sorprender al regente en su cita con la virgen de Clissón. ¡Que me digan ahora que los bretones son de entendimiento obtuso!

— Á la verdad, añadió Dubois al cabo de otro momento de examen, todavía no he acertado. Es imposible que este joven de mirar triste, pero tranquilo, se esté disponiendo para matar á otro hombre dentro de un cuarto de hora; ¡y qué hombre! ¡nada menos que el regente de Francia, primer príncipe de la sangre! No, no es posible; semejante serenidad no se puede concebir.

— No obstante, continuó diciendo Dubois, alguna prueba hay de ello: el regente me oculta este nuevo capricho, á mí á quien se lo dice todo: se va de caza á San Germán, anuncia en alta voz que volverá á dormir al Palacio Real, y de repente da contra-orden y manda al cochero dirigirse á Rambouillet. En Rambouillet se ha detenido esa muchacha; la Desroches estaba ya aquí para recibirla; ¿á

quién espera más que al regente? y esa muchacha es la querida del caballero en cuestión. Pero, ¿ella le corresponde? ¡ Ah! ahora lo sabremos; aquí está nuestro amigo Ovén, que después de haber puesto á buen recaudo los ochenta luises, trae á su amo papel y tintero. Va á escribir, perfectamente; con eso tendremos noticias un poco más exactas, y además veremos hasta qué punto podremos contar con ese imbécil criado.

Dubois se detuvo en la escalera, y esperó. Desde el escalón en que estaba oculto en la sombra, descubría la puerta de la habitación de Gastón, por cuyas rendijas pasaba la luz.

Á los pocos momentos se abrió aquella puerta, y Ovén salió: quedóse parado un momento, volviendo y revolviendo la carta entre las manos; después tomó al parecer su partido, y empezó á subir la escalera.

— ¡ Bueno! dijo Dubois; ha gustado el fruto del árbol prohibido; ahora ya es mío.

En seguida, deteniendo á Ovén en la escalera, le dijo:

— Muy bien; dame esa carta que me llevabas, y espera aquí.

— ¿ Cómo sabe monseñor que le llevaba una carta? preguntó Ovén atónito.

Dubois se encogió de hombros, le quitó la carta de las manos, y desapareció.

Luego que entró en su cuarto examinó el modo

con que estaba cerrada. El caballero, que no tenía lacre ni sello, se había servido del lacre de la botella, apoyando la parte plana de una sortija sobre aquél.

Dubois aproximó la carta á la llama de la bujía, y el lacre se derritió. Entonces abrió la carta y leyó lo que sigue:

« Querida Elena, vuestro valor ha redoblado el mío; haced que pueda entrar en la casa, y entonces sabréis cuáles son mis proyectos. »

— ¡ Ah! ah! parece que ella no lo sabe todavía; vamos, no está la cosa tan adelantada como yo creía.

Cerró la carta, buscó entre las muchas sortijas que llenaban sus dedos una que con corta diferencia tuviese la misma hechura que la del caballero, y habiendo acercado de nuevo el lacre á la bujía, volvió á sellarla con la mayor limpieza.

— Toma, dijo dándosela á Ovén, aquí está la carta de tu amo. Vé á llevarla fielmente, y tráeme la respuesta, por la cual te daré diez luises.

— ¿ Qué es esto? dijo para sí Ovén; ¿ tiene este hombre alguna mina de oro?

Y salió volando á desempeñar su encargo.

Diez minutos después volvió con otra carta, escrita en un bonito papel perfumado y sellado; pero el sello no tenía más que una E.

Dubois abrió una caja y sacó de ella una especie de pasta empezó á amasarla para sacar en ella la

figura del sello; mas estando en esta ocupación, vió que la carta estaba doblada de modo que podía leerse perfectamente sin abrirla.

— Vamos, dijo, entonces esto es mejor.

Ahucó el papel y leyó lo siguiente :

« La persona que me ha hecho traer de Bretaña,
» viene á recibirme en vez de esperarme en París;
» tanta es, según dice, su impaciencia por verme :
» creo que se volverá esta misma noche. Venid
» mañana por la mañana antes de las nueve, os diré
» todo cuanto haya pasado entre ella y yo, y enton-
» ces veremos lo que hemos de hacer.

— Esto me parece más claro, dijo Dubois, el cual creía que Elena era cómplice del caballero. ¡ Cáscaras con la niña inocente! Si es así como las educan en las Agustinas de Clisson, daré por ello las gracias á la superiora. ¡ Y su alteza, que la cree la misma candidez porque no tiene más que diez y seis años! ¡ Oh! ¡ él me echará de menos! Cuanto más profundizo este misterio, encuentro más motivos de admiración.

— Toma, dijo á Ovén, tus diez luises y tu carta. Ya ves que en todo ganas.

Ovén se guardó los diez luises, y llevó la carta á su amo : el pobre mozo no sabia lo que le pasaba, y se preguntaba á si mismo, qué le estaria reservado en París, cuando en los arrabales se encontraba con un maná semejante.

En aquel momento daban las diez, y al sonido

monótono y lento del reloj se mezclaba el ruido sordo de un carruaje que se acercaba á toda prisa. Dubois se asomó á la ventana, y vió detenerse un coche á la puerta de la fonda. En este coche se con-toneaba un caballero de aspecto bastante distinguido, en quien al primer golpe de vista reconoció Dubois á La Fare, capitán de guardias de su alteza.

— Vamos, vamos, dijo; es más prudente de lo que yo creía. Pero ¿ dónde está? ¡ Ah!!!

Esta exclamación la causó la presencia de un montero con el mismo uniforme encarnado que él ocultaba bajo su gran capa, que seguía al carruaje montado en un magnífico potro andaluz.

El coche se detuvo á la puerta de la fonda; y mientras toda la gente que en ella había se agrupaba al rededor de La Fare, el cual se daba el tono de un gran señor, y pedía con altivez una habitación y cena, el montero se apeó de su caballo, entregó la brida á un paje, y se encaminó hacia el pabellón.

— ¡ Bien, bien! todo esto es claro como el agua; ¿ pero cómo no habrá salido el caballero? ¿ tan distraído le tiene su pasión á esa niña, que no ha oido el ruido del coche? Veamos. En cuanto á vos, monseñor, estad tranquilo, no os molestaré en vuestro coloquio : saboread á vuestro placer el de admirar ese candor de diez y seis años que tanto promete. ¡ Ah! monseñor, ¡ bien se conoce que sois corto de vista!

Haciendo este soliloquio había bajado Dubois la escalera, y se colocó en su observatorio.

En el momento en que empezó á mirar por el agujero, vió que Gastón, después de haber guardado el billete en una cartera que colocó con gran cuidado en su bolsillo, se levantó.

— ¡ Ah ! exclamó Dubois extendiendo instintivamente hacia el caballero sus manos, que tropezaron con la pared. Esa cartera es la que me hace falta y por ella daría cualquier cosa. ¡ Hola ! nuestro caballero va á salir ; busca su espada y capa. ¿ Dónde irá ? Veamos... ¿ acaso á esperar la salida de S. A. R. ? No, no es ese el aspecto de un hombre para quien ha llegado el momento de matar á otro ; y más bien creo que esta noche se contentará con ir á suspirar bajo las ventanas de su amada. ¡ Ah ! ¡ pardiez ! si se le hubiese ocurrido esta feliz idea, acaso habría un medio...

Difícil sería describir la expresión que animó entonces la fisonomía de Dubois.

— Sí, dijo, como respondiendo á su pensamiento ; pero ¡ y si me tocase una buena estocada en la empresa !... ¡ cómo se reiría S. A. R. ! ¡ Bah ! no hay peligro ; tengo mi gente apostada... y por otra parte, el que no se aventura no pasa la mar.

Y animado por este osado proverbio, dió rápidamente la vuelta á la posada á fin de entrar por uno de los extremos de la callejuela, mientras se presentaba por el otro, suponiendo que Gastón salía

sin otro objeto que pasearse bajo las ventanas de su dama, según parecía indicarlo la expresión triste, pero tranquila, de su rostro.

Dubois no se había engañado ; á la entrada de la callejuela se halló á maese Tapin, que después de haber encargado á Hulismo la vigilancia de lo interior del patio, se había colocado de centinela en lo exterior : en una palabra, lo puso al corriente de su proyecto. Tapin, además, le señaló con el dedo uno de sus esbirros echado en el escalón de una puerta, mientras que otro sentado en un poyo punteaba una especie de guitarrillo, según la costumbre de los cantores ambulantes que van á pedir limosna á las posadas ; otro debía también estar por allí, mas permanecía tan oculto que no se le distinguía.

Dubois, seguro de tener guardadas las espaldas, se embozó hasta los ojos y penetró en la callejuela.

Apenas había dado algunos pasos, percibió como una especie de sombra que se adelantaba hacia él, y que parecía ser la misma persona que buscaba Dubois.

En efecto, á la primera vez que los dos pasaron uno junto á otro, conoció Dubois al caballero. Éste, abismado en sus ideas, ni aun trató de saber quién había pasado, y acaso tal vez no le vió.

No era esto lo que Dubois deseaba : tenía necesidad de armar camorra ; y viendo que Gastón no la buscaba, resolvió tomar la iniciativa.

Con esta intención retrocedió y se detuvo delante del caballero, que también estaba parado y procuraba distinguir cuál de las cuatro ó cinco ventanas que daban á la callejuela era la del aposento de Elena.

— ¡ Eh! ¡ amigo! le dijo con voz ronca, ¿ qué hacéis á estas horas delante de esa casa?

Gastón bajó los ojos del cielo á la tierra, y de la poesía del pensamiento descendió al materialismo de la vida.

— ¿ Qué se os ofrece, caballero? dijo á Dubois; me parece que me habéis dirigido la palabra.

— Si, señor, respondió Dubois: os pregunto qué hacéis aquí.

— Seguid vuestro camino, contestó el caballero, y no os importe lo que yo hago, puesto que á mí tampoco me importa lo que vos hacéis.

— Eso sería muy bueno si vuestra presencia aquí no me incomodase.

— Esta callejuela, aunque estrecha, es bastante ancha para los dos; pasead vos por un lado y yo pasearé por otro.

— Pero yo quiero pasearme solo, repuso Dubois, y os invito á que vayáis á mirar á otras ventanas, que bastantes tenéis en Rambouillet.

— ¿ Y cuál es la razón porque no puedo yo mirar á esas ventanas si me conviene? preguntó Chanlay.

— Porque son las de mi mujer.

— ¿ De vuestra mujer?

— Si, señor, de mi mujer, que acaba de llegar de París. Os prevengo que soy celoso.

— ¡ Diantre! murmuró para sí Gastón; será el marido de la persona á cuyo cargo ha quedado Elena; y mudando repentinamente de tono con el fin de poner de su parte á aquel personaje importante, de quien podría tener necesidad en alguna ocasión, le dijo saludándole con la mayor cortesía:

— Eso, caballero, es otra cosa: si así es, estoy pronto á dejaros libre el puesto; porque yo no traía objeto.

— ¡ Diablo! dijo Dubois: ¡ vaya un conspirador atento!... no es esto lo que me conviene; es preciso disputar con él.

Gastón se disponía á marchar, cuando Dubois se acercó, y le dijo:

— Vos me engaáis, caballero.

Gastón se volvió con presteza, como si le hubiera picado una víbora. Sin embargo, prudente á causa de Elena, y también por la misión de que estaba encargado, se contuvo y exclamó:

— ¿ Dudáis de mi palabra, porque os he tratado con urbanidad?

— Me habéis tratado con urbanidad porque tenéis miedo; pero no es menos cierto que os he visto mirar á esas ventanas.

— ¡ Miedo yo! ¡ miedo! replicó Chanlay poniéndose de un salto delante de su antagonista. ¿ Habéis dicho que tenía miedo?

— Sí, señor, respondió friamente Dubois.

— Conque, por último, ¿queréis que riñamos?

— ¡Pardiez! ¡claro está! me parece... ¿Llegáis ahora de Quimpercorentin?

— Poco menos, repuso Gastón sacando la espada: ea, pues, desenvainad ese acero.

— Y vos, casaca al suelo, dijo Dubois quitándose la capa, y disponiéndose á hacer otro tanto con su casaca.

— ¡Casaca al suelo! dijo estupefacto el caballero; ¿y por qué?

— Porque no os conozco, y á veces los galanes nocturnos suelen llevar cota de malla.

No bien Dubois había pronunciado las anteriores palabras, cuando la capa y casaca del caballero estaban ya en el suelo. Pero en el momento en que Gastón con la espada desnuda se lanzaba sobre su adversario, el hombre que estaba echado en el escalón cayó rodando entre sus piernas; el del guitarrillo se apoderó de su brazo derecho, maese Tapin del izquierdo, y aquel que no se sabía dónde estaba, lo cogió por el cuerpo.

— ¡Un duelo! exclamaron todos á un tiempo, ¡un duelo á pesar de las órdenes del rey! Y le llevaron hacia la puerta en cuyos escalones estaba echado el fingido borracho.

— ¡Un asesinato! murmuró Gastón, no atreviéndose á gritar por no comprometer á Elena; ¡miserables!

— Caballero, nos han vendido, decía Dubois haciendo un lío con la casaca y capa del caballero, poniéndosele al propio tiempo debajo del brazo; pero tranquilizaos, mañana nos veremos.

Y echó á correr hacia la fonda, mientras encerraban á Gastón en la sala baja.

Dubois subió en dos saltos las escaleras, y encerrándose en su habitación sacó la preciosa cartera del bolsillo del caballero.

En una bolsa encontró medio zequí y un nombre escrito en un pedazo de papel cortado de un modo particular.

El zequí era sin duda una señal de reconocimiento.

— La *Jonquiere*, murmuró Dubois leyendo el nombre escrito en el papel; la *Jonquiere*, es; ya tenemos noticias de él. Muy bien.

Hojeó rápidamente el resto de la cartera, y no halló otra cosa.

— No es mucho, dijo; pero me basta.

Cogió las señas y el nombre, y tiró del cordón de la campanilla.

En seguida llamaron suavemente á la puerta, pues estaba cerrada por dentro.

— Es verdad, dijo Dubois, se me había olvidado; y se levantó á abrir.

Era maese Tapin.

— ¿Qué habéis hecho de él? preguntó Dubois.

— Está encerrado en una sala baja con un centinela de vista.

— Llevad esa capa y esa casaca á donde él las tiró, para que las encuentre en el mismo sitio. Excusaos con él, y ponedle en libertad. Cuidado que nada falte en los bolsillos de esta casaca; ni la cartera, ni la bolsa, ni el pañuelo. Conviene mucho que no conciba ninguna sospecha. De camino me traeréis mi casaca y mi capa que han quedado en el campo de batalla.

Maese Tapin hizo una profunda reverencia, y se retiró para cumplir las órdenes que acababa de recibir.

VII

La visita

La escena que acabamos de referir había tenido lugar, según ya hemos indicado, en la callejuela que daba bajo las ventanas de Elena; y como ésta, en medio de todas aquellas voces, creyera oír la del caballero, se dirigía inquieta á asomarse á la ventana, cuando se abrió la puerta de su habitación y entró la señora Desroches.

Venia á decir á Elena que tuviese la bondad de pasar al salón, porque había llegado la persona que debía visitarla.

Elena se estremeció, sintiéndose próxima á desmayarse. Quiso preguntar, pero le faltó la voz. Siguió, pues, silenciosa y temblando á la señora Desroches.

El salón en el cual la introdujo su conductora estaba á oscuras; se había tenido el cuidado de apagar todas las luces, y sólo la chimenea, en que aun brillaban restos de fuego, despedía sobre la alfombra un resplandor casi imperceptible. Sin